



CUENTOS DE MAESTROS

Noviembre 2022
Caracas - Venezuela



Luis Antonio Bigott

LUIS ANTONIO BIGOTT



CUENTOS DE MAESTROS

Noviembre 2022
Caracas - Venezuela

Hugo Rafael Chávez Frías

Comandante Supremo de la Revolución Bolivariana

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Yelitze Santaella

Ministra del Poder Popular para la Educación

Tibisay Lucena

Ministra del Poder Popular para Educación Universitaria

Belkis Bigott

Rectora de la UNEM “Samuel Robinson”

Nelson Herrera

Vicerrector Académico Territorial (e)

Armando Daniel Rojas

Vicerrector de Comunalización

Lenin Romero

Secretario

Coordinación Editorial

Belkis Bigott

Diseño, Diagramación y Montaje

Luis Alexander Gil

CUENTOS DE MAESTROS LUIS ANTONIO BIGOTT

Depósito Legal: DC2022001862

ISBN: 978-980-218-450-7

La Formación es una pasión y la investigación un arma, nos dijo el Maestro Bigott, y tal pasión armada la puso al servicio de nuestro Pueblo. Quien atravesó esta tierra creando conciencia y combatiendo por la plena realización de la humanidad venezolana, no parte con su último aliento, se queda irradiando su magisterio descolonizador y se hace aula abierta de los saberes colectivos. Su obra es un hermoso e imperecedero legado de dignidad, entereza, compromiso y rebeldía; es una de las más altas expresiones del chavismo en el terreno de las ideas.

La educación es un acto de amor, por tanto, un acto de valor, escribió el Maestro Paulo Freire. Tal amor y tal valentía hicieron de Luis un genuino educador revolucionario y, más aún, un Apóstol en sentido martiano.

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Miraflores 27 de febrero de 2016

ÍNDICE

- 7 **Presentación**
Esos cuentos, esos tiempos de Luis Antonio Bigott
- 13 **Maestro I**
A Fernando Valera
- 13 **Maestra II**
*Para Lucrecia, mi maestra de segundo grado,
 hoy muerta y enterrada en Güiría.*
- 15 **Maestro III**
A José Vicente Abreu
- 17 **Maestro IV**
Para los Ministros de Educación de este país irreal
- 19 **Maestro V**
Para Douglas Bravo
- 21 **Maestro VI**
- 23 **Maestro VII**
A Luis Beltrán Prieto
- 25 **Maestro VIII**
Para América Nouel
- 27 **Maestro IX**
A Gustavo Adolfo Ruíz
- 29 **Maestro X**
Para Jesús Rosas Marcano
- 31 **Maestro XI**
A todos aquellos que han sido maestros sin lograrlo
- 32 **Maestro XII**
Para Federico Montenegro
- 32 **Maestro XIII**
Para los Profesores de la Escuela de Educación
- 35 **Maestro XIV**
A mis maestros del "San Francisco de Sales"
- 35 **Maestro XV**
Para Celina



PRESENTACIÓN



Las ilustraciones de este libro fueron realizadas por niños en el año en que el profesor Luis Antonio Bigott escribió estos cuentos.

Esos cuentos, esos tiempos de Luis Antonio Bigott

Un cuento es un mundo donde viven muchos mundos.

Unos salen de quien los escribe, de sus recuerdos personales, otros los crea desde su imaginación como cultivo de la fantasía, otros son mundos que una vez soñó y que sueña otra vez, pero con los ojos abiertos, están también los mundos que no quería vivir porque estaban llenos de dolor y desamor, pero existían ahí donde la realidad no pide ni da excusas para ser así.

Los otros mundos son los de quien lee cada cuento lleno de mundos que no conoce ni se imaginaba que existían, mundos que debe visitar por invitación de quien los escribió y a los que entra siguiendo una pauta muy simple para no perderse: los asocia con los propios, los que contempló con los ojos abiertos o soñó con los ojos cerrados, los que otras personas le contaron, los que vive y vivió y los que no quiere vivir pero están ahí...

En fin, un cuento es un mundo donde muchos mundos se encuentran para romper la frontera entre la realidad y la fantasía, entre el singular y el plural, entre el sueño y la vigilia y donde todo es verdad y mentira a la vez en un mundo que no pide ni da excusas para ser así...

Y Luis Antonio lo sabía porque así vivía, por ello estos Cuentos de Maestros nos bambolean entre personajes reales que conoció y llenaron su vida de conocimientos y experiencias, unas gratas otras no tan gratas, porque su tiempo de estudiante, maestro rural y profesor universitario fue el de la escuela cerrada como una fila de personas que termina donde comienza, conservadora y bancaria, que ha caracterizado nuestro sistema escolar occidentalizado en cualquier país colonizado, hasta nuestros días.

Una escuela que conoció a duras penas porque desde niño le huía como gallina a la sal, pero que al final y por la insistencia de su mamá Carlotona, hizo suya de cuerpo y alma, que vivió en carne propia y conoció en sus entrañas para cambiarla o, por lo menos, pensarla y soñarla revolucionaria, democrática y abierta a la sociedad y principalmente a la cultura popular.

Son cuentos cargados del humor y el sarcasmo que lo caracterizaron y le dieron a su personalidad un toque particular e inconfundible y muchas veces irreverente. Alguien diría "humor negro"... y sí, era un humor como orgullosamente era él. Los escribió en 1980, a los 45 años, por lo que pasaron por el tamiz de su memoria, de su nostalgia, de sus querencias y con la exigencia de que se publicaran después de su muerte.

Cuentos cortos de alcance largo. Cuentos crudamente fantásticos como el maestro al que “devoraron un millón de niños sin almuerzo, ni desayuno ni cena”, o tiernamente crueles, como el niño creativo que miraba “flores con pétalos azules, rojos y amarillos, casas que tocaban el cielo y pájaros con muchísimos colores” y a fuerza de la desilusión de su maestra “dibujó un uno, un dos, un tres y un cuatro, todos pintados de negro”, o políticamente realistas como el “maestro que era tubular” y ordenaba hacer filas hasta para respirar y un día lo premiaron nombrándolo Ministro de Educación...

Pero, el cuento que más nos atrapó es el que le dedica “A todos aquellos que han sido maestros sin lograrlo”, porque toca algo en nuestra consciencia que aún no hemos identificado. Termina el cuento narrando que alguien encontró el último de los cuadernos de “aquel que había sido maestro en la escuela-cuatro-puertas-dos-ventanas” y en la última página leyó: un verdadero maestro es el que sabe retirarse y morir a tiempo”. Lo leemos y releemos y nos preguntamos: ¿Será ese el epitafio que Luis Antonio escribió para él?

Así son los “Cuentos de Maestros” de Luis Antonio Bigott. Cuentos de esos tiempos de la escuela que le tocó “malvivir” en su infancia, adolescencia y juventud y cuando tuvo la posibilidad de transformarla siendo docente, no dudó un segundo ni descansó ni flaqueó ante las presiones del entorno escolar y político de su tiempo. ¿Cuánto logró?, no lo sabemos.

Lo que sí sabemos, es que si usted amiga y amigo lector identifica en la realidad escolar venezolana de nuestro tiempo algunas de las situaciones crueles, crudas y políticamente reaccionarias que narra Luis Antonio en sus cuentos, es porque aún esa escuela sigue viva y no tenemos excusas para abandonar la lucha ni mucho menos para creernos verdaderos maestros.

Además, hay un argumento que nos obliga a no fallar: El Luis Antonio Bigott que escribió estos cuentos, un poco pesimista, cambió radicalmente desde 1998, cuando renació la esperanza en el pueblo venezolano y él, cual maestro de pueblo recién graduado, aventó sus pasos, con su pipa y su maletín, imaginando un mundo “Donde los empleados públicos puedan dormir la siesta, los viejos mueran en sus casa rodeados de sus seres queridos y cada niño tenga un pan del tamaño de su hambre”.

*Gregorio J. Pérez Almeida
(Goyo)*





Maestro I

A Fernando Valera

Decía que comía tres veces al día y con una, cuatro.

¡Cuatro veces!

En verdad no diferenciaba las veces que comía; para él comer era la vida. En clase hablaba sobre las bondades de la Vitamina A, B, C, D... XYZ. Entendía para qué servía el calcio, el magnesio y el fósforo y decía “deben comer esto porque tiene hierro; y esto porque tiene sodio y esto porque tiene...”; pero un día uno de los tantos niños que habitaban el salón de los minerales y de las enzimas murió de indigestión por vivir en el mundo de los diez días sin comer.

Dicen en el pueblo que el maestro fue encontrado una semana después muerto en su catre. Lo habían devorado un millón de niños sanos hambres, sin almuerzo, desayuno, ni cena.

Maestra II

*Para Lucrecia, mi maestra de segundo grado,
hoy muerta y enterrada en Güiría.*

La maestra contaba uno, dos, tres, cuatro y entonces él repetía y a la vez pensaba: uno (si yo tuviera una flor con un pétalo azul, uno amarillo, uno rojo y otro verde), dos (el perro de la calle anaranjado con manchas negras y blancas), tres (nuestra casa es tan alta que toca el cielo y nunca nos falta agua), cuatro (cuando voy al parque los pájaros amarillos me besan la cara, los rojos tocan mis pies, los verdes se paran en mis manos y hay tres de muchos, pero muchos colores, que vienen del arco iris y lo que hacen es cantar ¿por qué cantarán tanto?, ¿será por los colores?).

La maestra ha dejado de contar y dice: “ahora trabajen y pinten y por favor no dibujen flores con pétalos azules, rojos y amarillos, no dibujen pájaros de muchísimos colores”: entonces él dibujó un uno, un dos, un tres y un cuatro, todos pintados de negro.



Maestro III

A José Vicente Abreu

Medía un metro cuarenta y dos centímetros de alto; era chiquito; color de piel oscura; era negro; asistió a la escuela primaria y a la escuela de la vida: por eso era maestro rural; su pasión: la lectura; por sus ojos negros, como su piel, hablaba de Salvador de la Plaza, alguien que él imaginaba también negro y conversó durante setenta y seis lunas con Enrique Bernardo Núñez; se vestía de fiesta cada vez que descubría en la realidad lo que descosía en letras y su voz se hacía trueno cuando todo lo contaba a sus alumnos que le entendían porque el maestro negro y chiquito hablaba de la vida. Hace noventa y dos lunas que lo arrestaron por las calles del pueblo tres hombres vestidos de blanco, revólver en mano, no miraron a los lados sólo gritaban ¡Adelante, Adelante!. Cuando alguien pasa por la ayer escuela, hoy *cuatroparedesuna-puertatresventanas* se ven salir Enriques Bernardo Núñez y Salvadores de la Plaza con negros de tez oscura, con negros de metro y medio.



Maestro IV

Para los Ministros de Educación de este país irreal

El maestro era tubular; lo había sido toda la vida; era tubular de pensamiento, de acción y de obras. Sí, era tubular, no panorámico. Temprano ordenaba hacer fila para entrar al salón, fila para salir, fila para entrar de nuevo y fila para volver a salir; fila los domingos para ir al parque, fila para hablar, fila para respirar; el maestro era todo fila, de lado de frente y así de fila en fila llegó a supervisor, a director en fila india, hasta dirigió alguna vez un instituto para maestros llamados Ipas-me y que él denominó Ipas-fila porque todo maestro debía hacer fila para todo: para saludar, para respirar, para decir por favor había que decirlo en fila y así de fila en fila llegó a Ministro “el ministro fila” y decretó que las letras debían aprenderse de fila hacia la derecha y hacia la izquierda y hacia atrás, fila

para saludar la bandera, para cantar el himno y para bailar la salsa, fila para esto y para aquello; quien quería desfaltar tenía que hacer fila primero si usted quería entrarle al jale lo debía hacer en fila y así en fila esperó los cambios y un día era el gobierno de color morado y él en fila, porque su filosofía era simple “yo no he cambiado mi situación de hombrefila quien cambió fue el color del gobierno, yo siempre he sido un *maestrosupervisordirectorministrohombrefila*”. Hace dos lunas lo enterraron; los hombres en fila de tres en fondo, codo atrás batolas de color *verdegrisblanconaranjado* y por supuesto lo esperó Diosfila con tres santos en fila de a dos y uno guardó silencio...



Maestro V

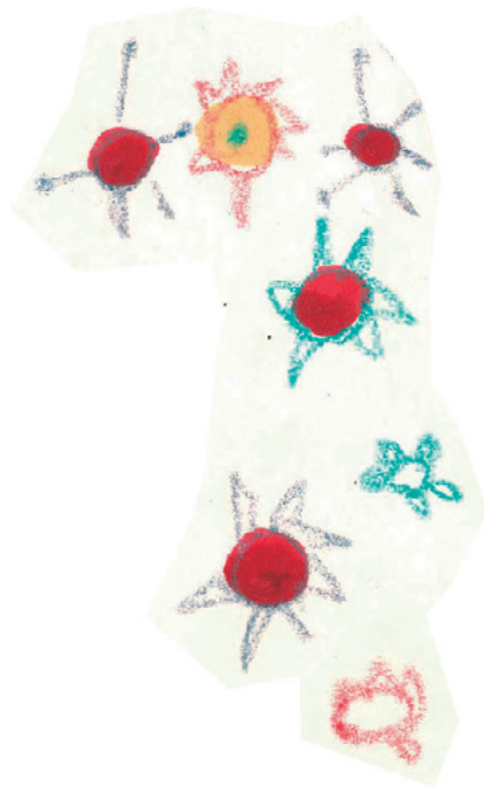
Para Douglas Bravo

Un día montó en cólera y clausuró todos los tiempos: el presente, el pasado, el futuro y se colocó frente al mar. Permaneció durante trece soles y doce lunas. Recordó el tiempo perdido y regresó. Se encontró con una flor, y tomando del verde que había traído de la orilla rejuveneció su tallo. Al árbol antiquísimo alimentó con algas marrones arrancadas a las quinta luna y a los hongos semiabiertos les mostraba caracoles que contaban las formas de salvarse de los tiempos. Así escribió la enciclopedia que ayudaba a once varones y siete hembras en las costas falconianas; la enciclopedia hablaba en mar de los caribes y en el dialecto de los *cardonesguerrilleros*. La enciclopedia contaba de los hombres del ayerhoy y del mañanahoy en la lengua de los montes; se contaba con los símbolos de los vientos norte-sur y de día alumbraba con penumbra de la noche y en la noche se alumbraba con destellos de los soles y así pasó el tiempo, el maestro fue creciendo con alientos de la tarde, fue marchando con cardones del camino, fue durmiendo con sonrisas de montaña, con respiros de mañanas y con el viento de los mares.



Maestro VI

Noventa y dos órdenes había impartido en el año; no hablen en voz alta, no miren a la derecha ni a la izquierda ni al centro, cuando se dirijan a sus mayores digan: ¡Señor!, no le miren las piernas, no vean el sol, ocúltense de las estrellas, no salten, no se rían, escóndanse de los colores, no miren las flores, no saluden a los perros, no bendigan las aves, no lloren, escriban con letra clara a lápiz, no piensen sólo repitan y cuidado con la fila: los varones acá, las hembras allá, tienes una mancha en la ropa lávala, no tienes ninguna mancha, esto es un libro, esto otro un lápiz; ¡repitan! y el coro de voces azules y amarillas decía primero esto es una flor, esto un cielo, esto es un lápiz y así miles de lunas se posaron sobre la escuela y un día cuando la luna mildoscientos veinte y cinco alumbraba de amarillo, murió el maestro y su entierro fue de dos filas al fondo todos de blanco cinco velas al frente de 53.6 cm. de largo y 2.83 cm. de ancho, sin cantos porque se prohibía cantar, sin llores porque se prohibía llorar, se prohibía rezar, sin flores porque el cartel decía se prohíbe traer flores y si son de niños menos y menos si son azules, un niño quiso romper la disciplina pensó tirar sobre la urna cuatro flores rojas, dos amarillas, una blanca pero sólo tierra como al comienzo, sólo tierra como al principio...



Maestro VII

A Luis Beltrán Prieto

El tiempo le borraba a cada instante los pasos que marcaba apresuradamente cada vez que recorría el mismo camino, la misma geografía, el idéntico paisaje. Repetía casi mecánicamente lo que diría ese día 12 de octubre a sus palúdicos alumnos que debían esperarlo con el traje de dril y kaki elaborado por manos que de tanto vivir ya no tenían años. Así en el camino pensaba la forma como alguien al que llamaron Colón y que fue genovés, había pisado estas tierra (¿eran las mismas amarillentas, rojizas y enfermas tierras que ahora rompía con las viejas botas que un alguien borroso le había dado una vez que cruzó el camino allá lejos donde las aves marinas dejaban sus pensamientos?); pensaba en el filo de la espada que días más tarde, otros que llamaron conquistadores, habían probado en aquellos que como él en el hoy seguían sintiendo el acero profundo, hundido, como intentando partirle el alma y vio desfilas frente a sus ojos al ma-

jestuoso indio – Cumariapo - así lo llamaban – que trotando el cielo, lanza en mano conquistaba estrellas las enamoraba, se acostaba con ellas y después las ponía a parir entre cantos de arrendajos y gallitos de las rocas. El sol lo fue despertando del camino y allá la escuela y allá la fila que había enseñado a construir a fuerza de inculcar disciplina (la misma que en el otrora aquel que él llamaba el conquistador imponía a los que él llamada “los primitivos habitantes de América”) y entonces casi con irta, casi como si recobrara de golpe la memoria perdida, de golpe el canto, de golpe la lucidez, mandó romper filas, mandó abolir del calendario el 12 de octubre, enterró las banderas, y rabiosamente entró en llanto por el tiempo perdido, y así el llanto se transformó en canto y el canto fue aprendido por los pájaros y penetró en todas las Escuelas. Dicen que es por ello que en el medio rural no se celebra el día de la raza.

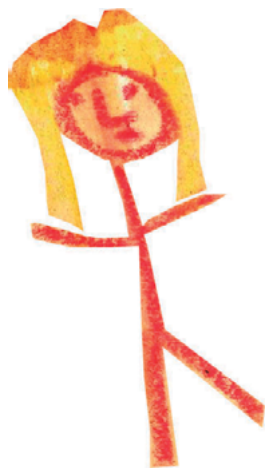


Maestro VIII

Para América Nouel

Se apellidaba Cotúa y una vez, la primera vez que quiso llegar a Pedernales equivocó el rumbo y siguiendo por el Caño Macarao se encontró de golpe frente al mar; y así la segunda y la tercera -hasta que un día de tanto preguntar y bordeando el Caño Mánamo- divisó lo que más tarde sería su Escuela; allá muy lejos y siempre frente al mar permaneció incontables días lunas y noches soles. Nunca quiso regresar por temor a perder la visión del encuentro distantísimo entre al agua dulce y la salada donde el cielo deja el marrón oscuro para hacerse azulclaro, todo azul. Sólo un problema, sus libros hablaban un lenguaje incomprensible; frente a aquel majestuoso río leía de uno que llamaban Jordán y que Cristo había caminado tantas veces, apartando piedras, liberando aguas. Entonces veía al majestuoso Amilavacá bebiendo del río y secando sus cabellos con el agua verdeazulrojiza de can-

grejos. No entendía los libros, las lecturas sobre zoología lo atormentaban: los búfalos y las llamas se transformaban en lejanos caimanes que suspiraban en las tardes. Un día, y otra vez frente al mar, reunió a todos sus alumnos y empezó la lección de geografía, ese día entre todos escribieron los textos que hasta ese entonces imaginaban en las tardes. Hoy, quien llega de mañana muy temprano bordeando el Mánamo y se adentra en Pedernales, tiene que apartar de su paso los tratados de Geografía y ciento setenta y seis tratados sobre Gramática española y Guaraúna.



Maestro IX

A Gustavo Adolfo Ruíz

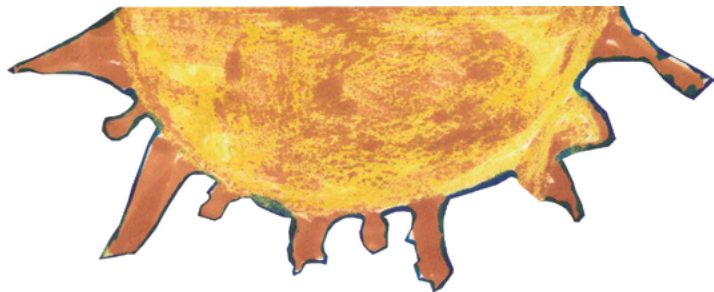
Un día cualquiera –el de las lunas tardías- cerró todos los libros y abrió todas las ventanas de hojas *verdesmarrones* y en voz alta, tan alta como el azul de los paisajes, empezó a dictar la lección a los cuarenta y cuatro árboles que circundaban la escuela: éramos diez y ocho y nunca supimos el significado de la palabra pedagogía; habíamos venido de lejos, de allá donde los ríos no dejan de crecer y donde las noches se hacen largas tan largas que llegan a confundirse con el día; éramos diez y ocho que pisamos la escuela normal de varones que estaba ubicada en una calle larga muy cerca de una casa alta, la casa de los Felizzola; las lecciones eran tan tediosas que nunca atendíamos, sólo pensamientos sobre la realidad que circundaba aquel espacio que nos dejaban circundar; nunca nos preguntamos por las noches sino por los días y así de día en día nos graduamos de maestros e iniciamos el andar; desde aquel *presentelejano* entonces estamos acá y acá nos enterraron sin que nadie supiera si en verdad habíamos existido.



Maestro X

Para Jesús Rosas Marcano

Quien se encuentre seis kilómetros, a medio camino del Hatillo, allá lejos donde el mar florece en algas y donde el sol parece derrumbarse, percibe un ruido, lejano en verdad pero ruido al fin como si una alegría desbordada por el tiempo se hubiese acumulado acá en el oído medio. Si Ud. intenta seguir los pasos de aquel ruido y entrando por el Uchire abre caminos y desanda pasos, encontrará una Escuela construida por gritos, por imágenes, por gestos, donde todos hablan y escuchan y dicen y oyen y donde no hay un *yodigotúoyes-túescuchastúrepites* y donde han construido una ciudad, la ciudad de los ruidos. Ud. quiere tocar toca, Ud. quiere cantar canta, Ud. quiere rezar reza, Ud. quiere llorar llora y así desde el más pequeño *tocacantarezagritallora* hasta aquel negro maestro *lloragritarezacantatoca* han construido la ciudad del silencio donde nada puede oírse porque todo está dicho donde nada decirse porque todo está oído y donde sólo el yo *tocacantarezagritallora* entiende.

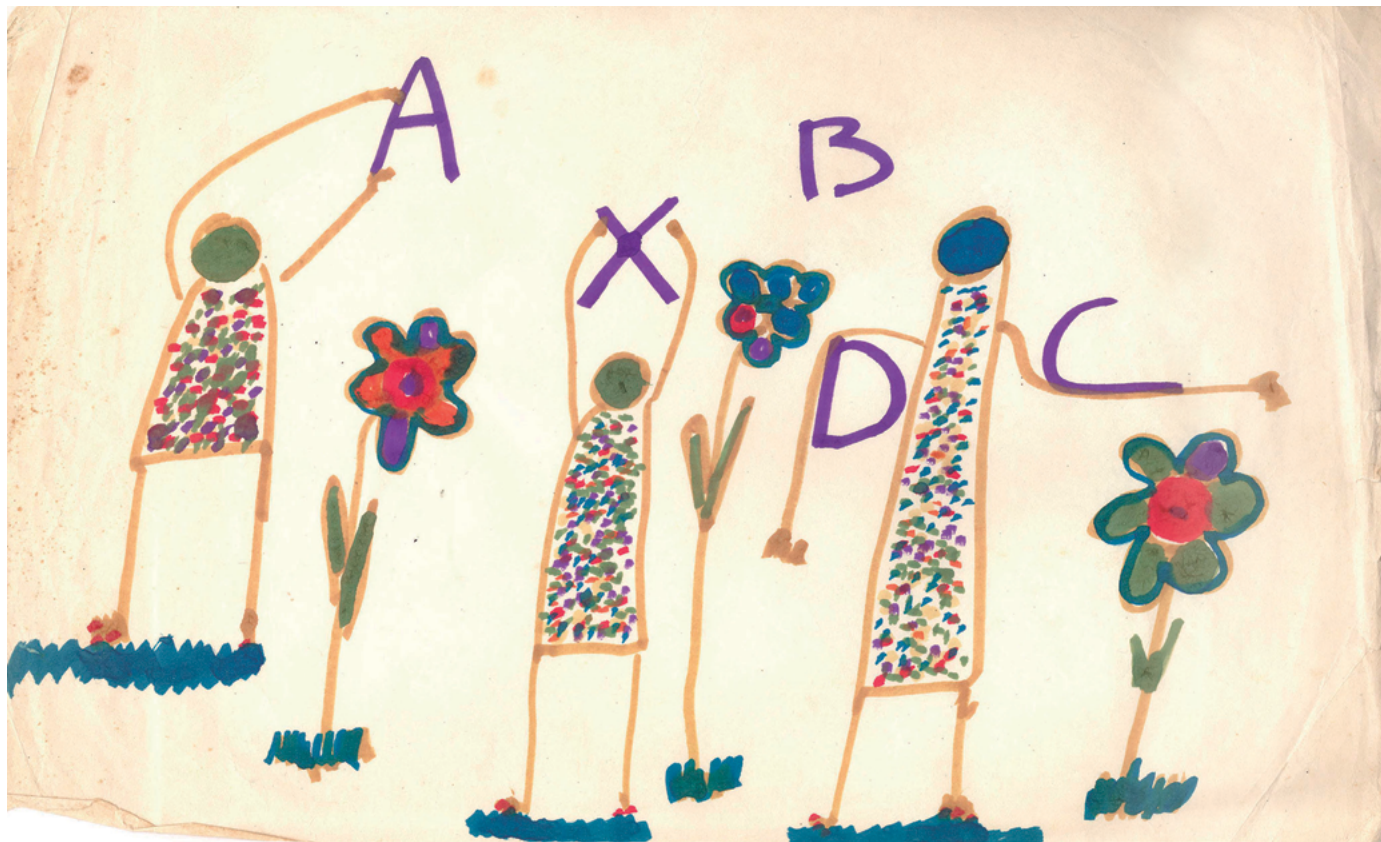


Maestro XI

A todos aquello que han sido maestros sin lograrlo

Un día el más antiguo del año el maestro fue recibido con un sin número de preguntas “por qué yo veo el sol cuando me lo señalan y otros ven la punta de los dedos; por qué el río se transforma así de golpe de azulcarado a *marrónoscuro*; por qué allá a lo lejos hay otro país que hablando un mismo idioma y teniendo las mismas costumbre tienen muchas casas unas encima de las otras y acá solo casas de *palmabarrotablassinclavos*; por qué hoy es de día y mañana de noche; será verdad que mucho silencio produce un gran ruido”.

El maestro no respondió, convocó a sus alumnos a una gran reunión en la *escuelacuatropuertasdosventanas*, recogió los tres cuadernos de donde dictaba cada año sus lecciones y en ellos no encontró las respuestas; el tiempo había corrido demasiado de hoy al primer día que escribió, por primera vez todo parecía darle vueltas y entonces se despidió y cansado de tanto buscar las diez y una respuesta recorrió el pueblo; la bodega de Andrés abierta a pesar del sol que laceraba los árboles más firmes y desafiantes; “cuatro velas de real” dijo y se echó a morir. Pasado el tiempo desaparecida la escuela sepultados por el olvido los que ayer preguntaron, alguien encontró el último de los cuadernos de aquel que había sido maestro en la *escuelacuatropuertasdosventanas* y en su última página leyó “un verdadero maestro es el que sabe retirarse y morir a tiempo”.



Maestro XII

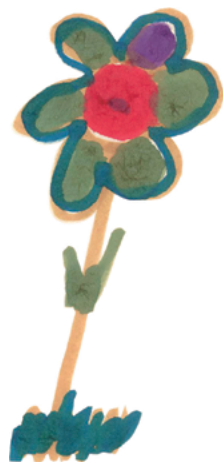
Para Federico Montenegro

El maestro había vivido tanto que le dio por inventar un dispositivo que sirviera para frenar los relojes y así detener el tiempo...

Maestro XIII

*Para los Profesores de la
Escuela de Educación*

Hace veinte lunas, allá cerca de El Rastro, morí de viejo y me enterraron y sin saberlo estoy otra vez entre ustedes –que todavía no han muerto. No me reconocen porque la mortaja la dejé en la undécima luna muy cerca del cruce de los ríos. He venido a ustedes sólo para preguntar ¿Por qué maestros de ayer, que no del hoy ni del mañana, todavía están vivos?



Maestro XIV

A mis maestros del "San Francisco de Sales"

Yo que a diario había enseñado a mis alumnos que la "misericordia es buena, porque los sufrimientos nos harán ganar el cielo"; que decía orgulloso dentro de mi pobreza "que nuestra humildad de pobre nos llevará al cielo"; "que los ricos y los pobres son así porque Dios lo quiso"; yo que decía "ama a tu prójimo como a ti mismo"; yo que gritaba "los pobres siempre deben ser honrados, humildes y no desobedecer nunca porque todo aquel que violenta esta *norma principiodequién-sabedonde* tendrá un ejemplar castigo"; yo que aconsejaba "no desear la mujer de tu..."; hoy y desde hace un *siglomilgradocentigrados* me encuentro en el infierno porque al decir del *santomayordirectordetránsitoselestial* había violentado la norma *docemilcuatrocientosveintysiete* que reza a los cuatro nortes "el primer *principiodeber* de un *ciudadanotierra* es no mentir".

Maestro XV

Para Celina

Hace cuatro lunas que cumplió las que le faltaban; nunca quiso oír a los adelantados; siempre miraba hacia atrás. Cuando el nuevo *maestromirandoalfuturo* preguntaba en el pueblo por el maestro de las cuatro lunas, siempre recibía la misma respuesta "es que el maestro *cuartaluna* como la mayoría, como usted, como a mí, siempre a la mitad de la tarde se nos hace noche...".

Luis Antonio Bigott nació en Tucupita, el 7 de noviembre de 1935. Llegó a Caracas con su madre, Carlota, en 1950. Estudió en la Escuela Rural de El Mácaro, hizo un vuelo rasante por el Instituto Pedagógico de Caracas y aterrizó en la Escuela de Biología, de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central de Venezuela, para llegar finalmente a la Escuela de Educación, donde fundó la Asociación de Estudiantes de dicha escuela, en la que fue también su Director. En 1990 participó en la creación de la Asociación de Educadores de Latinoamérica y El Caribe, AELAC, que se formalizó en el “Congreso Pedagogía '90: Encuentro de Educadores por un Mundo Mejor”, celebrado en La Habana, Cuba. Fue Vicerrector de la UBV desde 2012, hasta el día de su fallecimiento el 25 de febrero de 2016.

Estos cuentos fueron escritos por **Luis Antonio Bigott** en los años ochenta del siglo 20, quizá no todos sean de 1980, pero fue este el año en que decidió compilarlos para publicarlos en un libro que pidió explícita y claramente que no se imprimiera hasta después de su muerte. Hoy la Universidad Nacional Experimental del Magisterio Samuel Robinson lo presenta como una incitación a la revisión y transformación permanente de nuestras prácticas pedagógicas. La obra de Luis Antonio Bigott constituye un referente indispensable para construir la identidad pedagógica venezolana.

ISBN: 978-980-218-450-7

